

Era una noche muy oscura.
El viento silbaba por las rendijas
y la nieve golpeaba los cristales.

Qanik no podía dormir. Igaluk
y papá se habían ido a pescar
de madrugada y aún no habían
regresado.

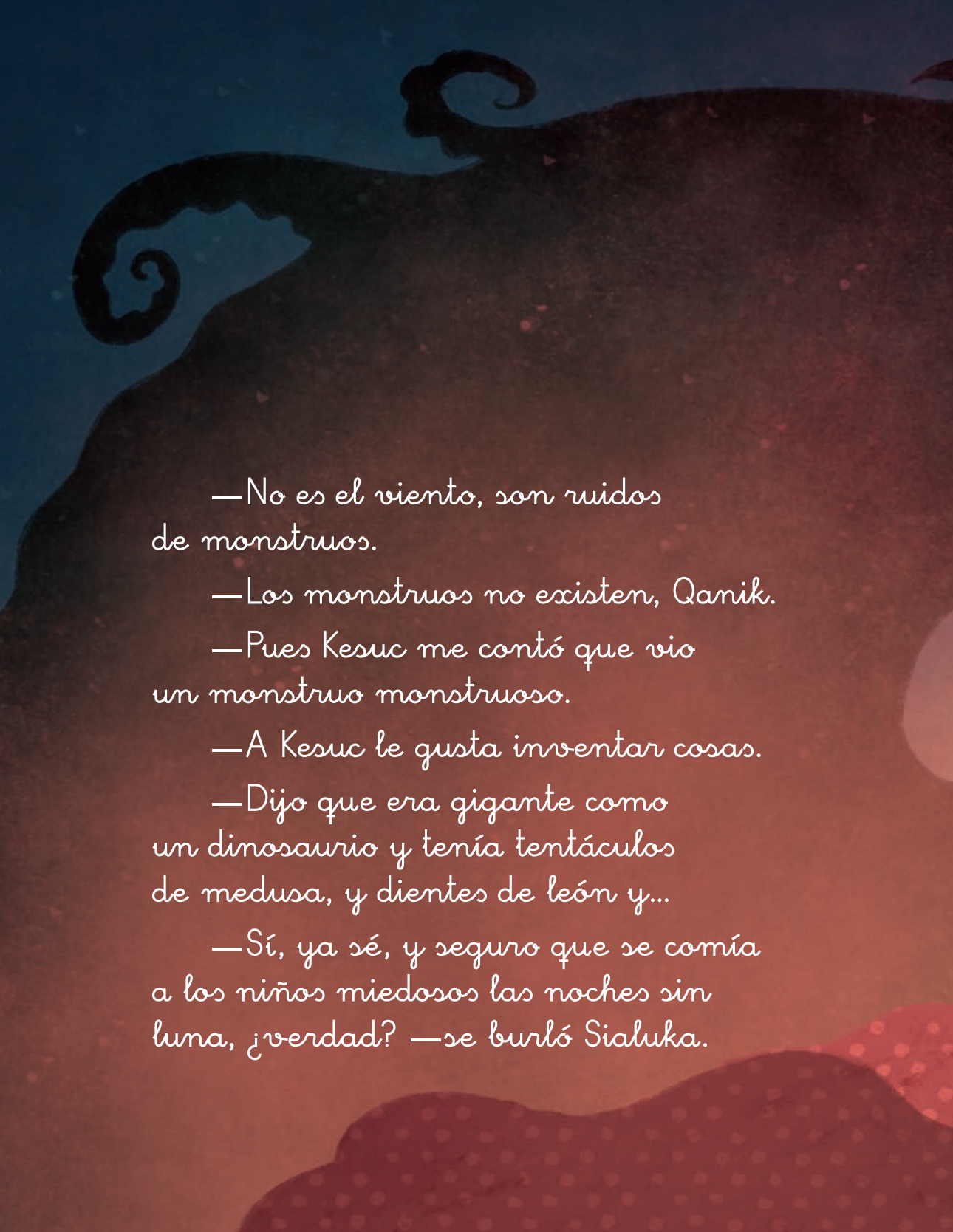
—Sialuka —gimió Qanik.

—¿Qué pasa? —preguntó su
hermana, que tampoco podía
cerrar los ojos.

—Oigo ruidos.

—Es el viento —contestó Sialuka.





—No es el viento, son ruidos de monstruos.

—Los monstruos no existen, Qanik.

—Pues Kesuc me contó que vio un monstruo monstruoso.

—A Kesuc le gusta inventar cosas.

—Dijo que era gigante como un dinosaurio y tenía tentáculos de medusa, y dientes de león y...

—Sí, ya sé, y seguro que se comía a los niños miedosos las noches sin luna, ¿verdad? —se burló Sialuka.



Entonces un estrepitoso trueno
retumbó en la noche. Sialuka y Qanik
corrieron a abrazarse.



—Me gustaría que mis amigos
estuvieran aquí —susurró Qanik
para sí.

—¿Qué amigos? —preguntó Sialuka.

—El Oso Polar, la Foca y la Morsa...
Mis amigos.

—Para de inventarte cosas raras
—le riñó Sialuka.

—Oso Polar, Foca y Morsa, ¿dónde
estáis? —volvió a murmurar Qanik sin
hacer caso a su hermana.

